

La habitación secreta

Por más de medio siglo, Enrique Metinides fotografió accidentes y tragedias. El autor reflexiona sobre la otra cara de ese trabajo: con frecuencia, luego de presenciar una desgracia, el reportero debía encerrarse a llorar. **TEXTO: MARTÍN SOLARES**

A principios de los años cuarenta corrió la leyenda de que el mejor fotógrafo de nota roja era un niño de 12 años que trabajaba sin permiso de sus papás. Mientras los fotógrafos profesionales se esforzaban por perseguir a los paramédicos o conseguir que los bomberos les permitieran acercarse a las llamas, el futuro creador de las claves con que se comunica ahora la Cruz Roja capitalina viajaba en el interior de las ambulancias, invitado por los conductores, o entraba al siniestro en hombros de los bomberos, a fin de que *El Niño* pudiese hacer su trabajo. Desde 1942 Enrique Jaralambas Metinides Tsirónides ha registrado todas las formas que puede adoptar la muerte violenta en nuestro país. Vestido de traje y corbata -lo que debió provocar un singular contraste en medio del caos- el especialista de la catástrofe ha fotografiado todo tipo de emergencias, desde

un choque de autos frente al restaurante de sus padres hasta los escombros del Hotel Regis en el terremoto de 1985.

Ciento noventa y ocho accidentes aéreos y una cantidad semejante de incendios lo autorizan a decir que lo ha fotografiado todo, "salvo el choque de dos submarinos". Diecinueve ocasiones se vio en peligro de muerte él también, como la vez en que una pipa de gas estalló en el preciso momento en que se agachaba para cambiar de aparato. La muerte de esa multitud le impresionó como pocas cosas a lo largo de su vida. Alguien, poco después, le regaló una ambulancia que cabía en la palma de la mano. A los 10 años de edad sus compañeros de juegos lo colgaron del sexto piso de un edificio y permaneció en el vacío hasta que llegaron los rescatistas. Desde entonces Metinides ha exorcizado su miedo a las alturas



ILUSTRACIÓN: GUADALUPE GÓMEZ

con millares de fotos vertiginosas. Por su inusual talento narrativo, ese artista que cursaba sexto de primaria pronto fue el más solicitado de su profesión.

Durante 50 años durmió con un pantalón y una camisa impecables junto a su cama, consciente de que los rotativos podían llamarlo a cualquier hora y alguien debía fotografiar los desastres. Gracias a su amistad con bomberos y socorristas y a su compromiso con la profesión, con frecuencia llegaba al lugar de los hechos en el momento en que iba a ocurrir la situación más intensa. Llegó a tener la impresión de que los accidentes esperaban a que él llegase para manifestarse en toda su magnitud. Una ciudad impasible y una multitud de mirones son dos personajes frecuentes en la obra de este reportero. Si se escribe la historia de las multitudes o de lo imperturbable que puede ser una ciudad, habrá que recurrir a las fotografías de Metinides.

Nuevas técnicas

En su trabajo los silenciosos monumentos de la Ciudad de México alternan con la expresión de los curiosos. Verdaderas tajadas en la vida de todos los días, sus fotos congelan al espectador de inmediato y lo internan en un pozo insondable. La sonrisa de un asesino en el momento de su detención, la expresión de una mujer que acaba de morir atropellada, el estupor de los curiosos ante un tren descarrilado o el rostro solidario de los socorristas señalan que aunque tantas vidas cambien tanto, la vida sigue igual. Junto a las víctimas, los personajes centrales en la obra de *El Niño* los constituyen socorristas y policías. Al mirar a los harapientos representantes de la ley, o a esos bomberos que bromean antes de afrontar el peligro, uno comprueba cuáles son las imágenes más sugerentes que la justicia puede ofrecer a un fotógrafo en nuestro país. Y el misterio:

con avionetas que aterrizan en la azotea de una casa, vagones de tren aplastados como latas de refresco o autobuses que volaron decenas de metros de manera inexplicable, el trabajo de este fotoreportero abre una ventana hacia lo inaudito. Bajo la lente de Metinides los accidentes sugieren una dimensión fantástica de la realidad: como si un niño inmenso jugara a los dados con los seres humanos.

Al ver el trabajo del más famoso fotógrafo de nota roja de México, uno se imagina a una persona de dos metros de altura, quizá con una sonrisa inexplicable en los labios. Pero el autor de estas fotos es un sujeto tímido y sensible, de baja estatura, que aún tartamudea al evocar ciertos casos. Con el premio de la II Bienal de Periodismo en su librero, exposiciones por toda Europa y el reconocimiento de sus colegas, Metinides descansa de las costillas rotas, las quemaduras y el infarto que le provocó su antiguo empleo. Recuerda sus innovaciones técnicas: el uso de flash en las fotos de día, a fin de mostrar los rostros de los protagonistas en todo su estupor; el gran angular para que en la misma toma cupieran el muerto, la policía, el arma homicida y la multitud, tal como aprendió en los filmes de Serie B; su lucha por quitarle horror a la muerte.

Más que fotos

Luego de ver un accidente diario durante 50 años, el ser humano le parece "un ser cibernético", que de vez en cuando tiene comportamientos insospechados, como los suicidas, que cuando están a punto de morir se convierten en poetas, basta con leer sus cartas de despedida. O los mirones, hipnotizados por las tragedias. Sin embargo, Metinides no se considera un mirón: "No, ese era mi trabajo: tomaba fotos para la historia, para entender qué pasó. La multitud no tenía nada que hacer. Yo sí". Con gran frecuencia, luego de

presenciar la tragedia, debía encerrarse a llorar: "¿Usted cree que tomar estas fotos era nomás llegar y ya estuvo? No, si me pasaba las noches llorando. Mi primer muerto me dio dolor de estómago. Me puse mal durante muchos días". Cuando le preguntan si no le afectó vivir alrededor del peligro, Metinides no responde directamente, y minutos después suele mostrar su colección de ambulancias. Para sorpresa de su interlocutor, sus vehículos en miniatura llenan por completo una vasta habitación. Son más de tres mil. Uno por cada accidente.

Al ver las fotos de Enrique Metinides uno se pregunta qué tan cibernético es el ser humano y cuántas ambulancias puede almacenar. En la exposición que presentó el Claustro de Sor Juana en agosto de 2006, Metinides expuso por primera vez series completas de siete casos decisivos, tal como salieron de su obturador.

El resultado fueron cinco decenas de fotos que parecían provenir de un relato fantástico o de un sueño cuyo final se adivina pero no se puede impedir. Un policía escuálido, cargando a un niño disfrazado de piloto aviador; la multitud afanada en desenterrar a una niña que el cerro, recién desgajado, se niega a parir. Fue una ocasión excepcional para conocer la trayectoria llena de emergencias de un fotógrafo valiente e inventivo que arriesgó su vida por cumplir una extraña misión en la Tierra. Siete series inolvidables que daban acceso al taller del artista y a su habitación interior. Si alguien me dijera que hay una nueva exposición de Metinides, correría a verla de inmediato. Y llevaría una ambulancia. •

MARTÍN SOLARES

Tampico, Tamaulipas, 1970.
Escritor y editor. Es autor de la novela *Los minutos negros*, publicada por Mondadori.